

FUNDACIÓN DEL CONVENTO DE SAN FRANCISCO DE HUÉSCAR¹

Gonzalo PULIDO CASTILLO

RESUMEN

Desde 1602 hasta la Desamortización del siglo XIX, los Padres franciscanos tuvieron convento e iglesia en Huéscar. Su fundación se realizó a petición del pueblo y de las autoridades de la ciudad. Los frailes descalzos se sintieron parte integrante de la sociedad religiosa oscense, a la que aportaron su austera sensibilidad. Tuvieron cátedras de Filosofía y de Gramática. A lo largo de más de dos centurias, el carisma seráfico arraigó, no sólo en los miembros de la Orden, entre los que destacó fray Gregorio Romero, sino también en las beatas terciarias franciscanas, como Francisca María de la Jara.

Al alborear el siglo XVII, ya existía en Huéscar una comunidad de religiosos, los Padres dominicos², y estaba proyectada la de religiosas dominicas de la Madre de Dios.³ Sin embargo, había en la ciudad un gran deseo de que los frailes franciscanos fundasen en ella un convento. El Ayuntamiento, la Parroquia, muchas personas principales e incluso el pueblo en su conjunto solicitaron insistentemente a fray Jerónimo Planes, Provincial de la de San Juan Bautista (Valencia y Murcia)⁴, que se realizara la fundación con la mayor rapidez posible.

Una carta que el Ayuntamiento y la Parroquia oscenses dirigieron al dicho Provincial nos ha sido transmitida por fray Antonio Panes:

"Muchos años ha que esta Ciudad de Huéscar y sus vecinos desean con piadosísima y fervorosa aflicción que haya en ella una casa y convento de san Francisco, porque, aunque hay el de santo Domingo, todavía dura y crece el deseo y devoción de tener el del glorioso y seráfico Padre, y así, acudiendo los dos Cabildos, eclesiástico y secular, a la voluntad y devoción del pueblo, han tratado muchas veces de traer a los padres de la Observancia, y parece que nuestro Señor no ha sido servido que se efectuase por falta de unión y concordia de las voluntades; y ahora, habiendo el pueblo insistido en este santo intento, ha habido una milagrosa conformidad en que el convento y religiosos se admitan con grande aplauso y gusto de todos, como sean Descalzos de la Provincia de san Juan Bautista, y porque esta Ciudad cree y entiende que los dichos Padres Descalzos, por su humildad y ejemplo, son los que más convienen para el bien de ella, ha acordado ayudar con todas sus fuerzas a que este deseo se consiga y se traigan a ella los dichos padres, y se les haga y sustente casa y convento al modo y según la orden de su instituto, que confía en Dios esta Ciudad será muy buena y aventajada respecto de la gran devoción con que el pueblo lo pide..."

Obtenidas las licencias del arzobispo de Toledo, D. Bernardo de Rojas y Sandoval, y del Duque de Alba, el día 6 de octubre de 1602 se llevó a cabo la fundación. Mientras no tuviesen edificio propio, la comunidad quedaba establecida en la ermita de San Sebastián (hoy de la Soledad), entonces en las afueras del pueblo, por el camino que llevaba a Castilléjar y Baza. Realizaron la toma de posesión fray Francisco Veneciano, primer Guardián⁵ o Padre Superior, fray Juan de Robles (natural de Huéscar), fray Cristóbal Vela y fray Andrés López (ambos de La Puebla), y de parte del Provincial fray Jerónimo de Planes estuvo en el acto fray Diego Mendiola. Fueron acompañados por el vicario de Huéscar y su partido D. Fernando González de Laguna. El convento fue puesto bajo la advocación de San Francisco.

El día 31 del mismo mes fue otorgada escritura de venta por Juan Nieto y Francisca Ruiz, su mujer, de una casa y huerta en la llamada Atarazana, en el camino de Castril, a favor de D. Fernando Bravo de Rojas, síndico de los franciscanos, por un importe de 220 ducados. La primera misa fue celebrada el 9 de noviembre por fray Diego Mendiola.

El 21 de diciembre del mismo año fue trasladado en unas andas de plata el Santísimo Sacramento por el licenciado González de Laguna, desde la iglesia de Santa María hasta la Atarazana. Fue acompañado por los miembros del Ayuntamiento, los religiosos dominicos, las cofradías de la ciudad y la capilla musical.

Se apresuró la construcción de los nuevos edificios, y así, el día 19 de marzo de 1603, festividad de San José, señalado ya el recinto donde se levantaría la iglesia, el señor Vicario bendijo unas piedras labradas que iban a depositarse en los cimientos. La primera piedra fue colocada por González de Laguna, otra por el licenciado Luis Vela Muñoz, gobernador de Huéscar, otra por Juan Martínez Carrasco, alcalde y regidor, otra por el administrador de Hacienda Real, y otras más por otras autoridades de la ciudad.

El 5 de septiembre D. Melchor de Vera y Soria⁶, obispo titular de Troya y Visitador General del Arzobispado de Toledo, que había venido a Huéscar para las confirmaciones, bendijo el sitio señalado para la nueva iglesia, lo que también se realizó con mucha solemnidad y con bastante acompañamiento.

El 4 de diciembre del mismo año, D. Juan de Maza y el Ayuntamiento concedieron su permiso para que la acequia de la Noguera pasase por dentro de la huerta del convento.

Un año después, en la tarde del día 30 de septiembre de 1604, "con gran música, solemnidad y concurso del pueblo", y con asistencia de las autoridades civiles y religiosas, se realizó el traslado en procesión del Santísimo Sacramento desde la iglesia Mayor de Santa María al nuevo templo de San Francisco, donde quedó instalado. Así iniciaba su andadura en Huéscar la comunidad de franciscanos descalzos, que tanto bien espiritual y cultural proporcionaría durante más de dos siglos.

Sin embargo, ni el convento ni la iglesia se habían concluido en su totalidad. A lo largo de algunos años más siguieron las obras de ambos edificios, dependiendo de las limosnas que la generosidad oscense hacía llegar a la austera administración de los padres de la Orden Seráfica. Las personas pudientes del pueblo prestaban dinero a los frailes, los cuales iban devolviéndolo según sus posibilidades, aunque a veces la penuria económica impedía hacerlo, según podemos saber por el siguiente documento del Archivo Municipal de Huéscar:

"En esta ciudad de Vuestra Excelencia vamos edificando de limosna un convento de la descalcez de Nuestro Padre san Francisco, a cuya obra han acudido los vecinos con mucha voluntad y caridad, aunque los años que han ocurrido, tan necesitados y estériles, no les han ayudado a su buen deseo, y como esta casa de Vuestra Excelencia no estaba con comodidad para que sus religiosos la pudiésemos habitar, personas devotas nos fueron prestando para que la casa se acabase, hasta en cantidad de dos mil y quinientos reales, los cuales no les podemos satisfacer por nuestra pobreza, y tienen mucha necesidad de que los volvamos; y como por la necesidad que se padece no se recogen limosnas y tenemos por acabar la iglesia, que es la parte más necesaria para nuestra quietud y beneficio de esta ciudad, hemos acudido al cabildo para que de propios nos hagan limosna y nos ayuden a pagar la dicha deuda; y, aunque estos caballeros regidores muestran muy grande voluntad, no se atreven a hacerlo, porque Vuestra Excelencia ha mandado por su provisión no lo hagan, este pobre convento, y yo en su nombre, suplicamos a Vuestra Excelencia nos haga limosna de dar licencia a estos señores para que de propios nos socorran con lo que pudiesen, pues le consta a Vuestra Excelencia que mediante su amparo hemos de poder pasar en esta ciudad para continuamente suplicar a Nuestro Señor dé a Vuestra Excelencia muchos años de vida con mi Señora la Duquesa y mi Señor don Fernando. De este convento de san Francisco y enero 12, 1608. Fray Silvestre Sanz, Guardián Capellán de Vuestra Excelencia".

Pocos meses después (el 25 de mayo del mismo año) el Duque de Alba comunicaba al Gobernador y al cabildo municipal que tenían su permiso para "dar la limosna que pareciere justa" al convento, a cuenta de los propios de la ciudad, porque "esta es mi voluntad y lo que conviene al servicio de Dios Nuestro Señor".

ALGUNOS HECHOS PRODIGIOSOS

La misma tarde en que se abrió al culto público la iglesia de San Francisco, tras la fiesta de inauguración, cuando todo el lugar había quedado sumido en solitario silencio, mientras caía el lento crepúsculo otoñal sobre el recién estrenado edificio, fray Cristóbal López, hombre virtuoso y muy devoto de Nuestra Señora, se retiró a la tranquila huerta conventual para rezar el rosario.

Su ferviente oración fue interrumpida por una extraordinaria visión: sobre el tejado de la iglesia, por la parte de la entrada, recortado en el azul ya oscuro del cielo, se alzaba el Santísimo Sacramento, rodeado de ángeles y luces resplandecientes. Dos veces más tuvo fray Cristóbal el privilegio de contemplar tan fantástica aparición: en medio del tejado y a la parte de la cabecera, sobre la capilla mayor. Quedó asombrado nuestro buen fraile. Arrodillado y traspuesto por la emoción, oró con todo el fervor de que era capaz, maravillado por el prodigio. Aquella misma noche, "estando en oración le fue revelado por luz divina que Nuestro Señor se había agradado y servido mucho de que se hubiese traído su Santísimo Cuerpo Sacramentado con tanta honra y solemnidad a aquella nueva iglesia; y, así mismo, que la fundación del convento había sido muy de su gusto".

Otro hecho asombroso, y que dejó recuerdo durante muchos años entre los habitantes de Huéscar⁷ fue el siguiente: habían solicitado los padres franciscanos a la ciudad que se les permitiera cortar de los montes de propios la madera necesaria para la obra del convento. Se les concedió lo solicitado y dos regidores del Ayuntamiento fueron a la zona conocida como "El Jorro", cerca de Sierra Seca, como a tres leguas de la ciudad, y señalaron los pinos que debían cortarse.

Una vez hecha la corta, y amontonados los troncos para ser trasladados, se levantó de improviso un torbellino tempestuoso tan violento que en poco tiempo arrancó y destrozó numerosos pinos, carrascas y otros árboles del llano. El huracán arrojó los despojos de aquel bosque a los barrancos más profundos, algunos bastante alejados de allí. Fueron tantos los árboles que rompió el pavoroso torbellino que durante tres años no tuvieron que realizar más cortas los leñadores de Huéscar, tanta era la madera amontonada en aquel lugar.

Tan sólo sobrevivió a la furia del terrible vendaval una carrasca, a causa de tener en su tronco una cruz que había sido grabada por un joven pastor. Pero lo más portentoso del hecho fue que, según aseguraron los que estaban junto a los troncos cortados, donde se originó el torbellino, entre las ráfagas de viento se oyeron chillidos espantosos, alaridos que ponían el vello de punta y gritos de demonios que, indignados y rabiosos, decían: "Este Francisquillo por nuestro mal ha venido a Huéscar, que nos ha quitado mucho provecho". Los testigos del prodigio lo contaron por toda la ciudad y desde entonces se llamó a aquel lugar, una zona de más de seiscientos pasos de largo y doscientos de ancho, «la tala del diablo».

También fue muy conocido el caso ocurrido al licenciado Bartolomé Ferrer, cura y beneficiado de Galera, gran devoto de San Francisco y de la Purísima Concepción de Nuestra Señora. Tenía este sacerdote, a medias con el capitán Andrés Bernabé, en tierras galerinas, un molino de pólvora. Como signo de devoción y patronazgo colocó en la habitación central del molino, donde estaban los morteros, un lienzo en el que había hecho pintar al óleo una imagen de la Inmaculada y, a ambos lados de ella, a San Antonio Abad y a San Antonio de Padua. Este lienzo había sido fijado con sesenta tachuelas en un bastidor de madera.

En la dicha habitación había tres arrobas de pólvora fina, ya seca, otra en una talega, justo debajo de la sagrada imagen, y tres arrobas más en los morteros. Sin saber cómo, se prendió fuego y la pólvora explotó. De la habitación y de lo que contenía sólo quedó un montón de ruinas. El licenciado Ferrer había salido a la puerta del molino a rezar el breviario, como tenía por costumbre, y al oír la tremenda explosión corrió hacia allá y vio cómo todo había quedado destruido.

Pero encima del montón de cascotes y fragmentos humeantes se hallaba el lienzo que representaba a la Virgen y a los dos santos enrollado hacia dentro, sin haber sufrido daño alguno y, lo que impresionó más al buen sacerdote, sin señales de los agujeros de las tachuelas con las que fue fijado al marco de madera, que había saltado roto en varios pedazos.

Esto ocurrió el día 10 de octubre de 1636, víspera de la octava de la festividad de san Francisco. El Padre Guardián del convento oscense, al enterarse del prodigio, pidió a D. Bartolomé Ferrer la pintura de San Antonio de Padua, que fue colocada en una pared lateral del convento, donde fue muy venerada. La Purísima y San Antonio Abad fueron llevados a la iglesia de Galera.

Vivía en Huéscar un regidor que no sentía mucha simpatía por los padres franciscanos, porque pensaba que no era verdad que se levantasen a medianoche a rezar maitines y dejasen la comodidad de sus camas. A tanto llegó su suspicacia que decidió rondar algunas noches por los alrededores del convento para comprobarlo. Una noche, a las doce,

rodeado de soledad y de silencio, se acercó a las puertas del convento. Oyó a los frailes rezar y, lleno de asombro, observó que sobre el tejado de la iglesia, en la parte que correspondía al coro, brillaban con gran resplandor doce luces inmóviles, y allí estuvieron durante las tres horas que duraron los maitines. Repitió la visita la noche siguiente y vio once luces en el mismo lugar y de la misma forma que la víspera. A la tercera noche las luces sólo fueron diez.

Extrañado y asustado, se sinceró con el Padre Guardián del convento y le contó sus dudas y lo que había visto en esas tres noches. El religioso le dio la solución, y era que la primera noche estuvo la comunidad al completo, que eran doce frailes; a la noche siguiente sólo hubo once, porque uno estaba enfermo y no pudo levantarse; y la tercera noche faltó otro religioso más, que también cayó enfermo, por lo que sólo rezaron los maitines diez frailes, el mismo número de luces que vio sobre el tejado de la iglesia.

El desconfiado regidor se quedó satisfecho con lo que había visto y oído, y cambió en amistad cordial la antigua antipatía que sentía por los religiosos.

DESCRIPCIÓN DEL TEMPLO Y DEL CONVENTO

El templo franciscano es de una sola nave con capillas laterales y coro a los pies. En el altar mayor hay una hornacina donde se hallaría la imagen central de un retablo, del que no sabemos nada. Cedamos la palabra a un entendido en arte, José Manuel Gómez-Moreno Calera: "El templo... es de modesta fábrica pero original estructura. Consta de una corta y ancha nave con capillas laterales de las que las extremas de la cabecera son menos profundas... Su organización, hacia el altar mayor, va decreciendo con una triangulación invertida, al contrario del habitual desarrollo de las cabeceras barrocas. La nave porta en los laterales apilastrado toscano de gran resalte y capiteles integrados en la cornisa que recorre el interior. Los cinco tramos de que consta se cubren con bóvedas baídas entre fajones, con adornos de toscos encintados en los intradoses y guirnaldas florales en las bóvedas". Los arcos de las capillas están adornados con yeserías de angelotes y motivos vegetales y algunas pinturas dieciochescas de temas florales vistosos y coloreados.

El coro, de arco deprimido, está también adornado en su bóveda. En la parte izquierda del arco se lee la inscripción, posiblemente incompleta, «AÑO DE 1632 ESTA CIUDAD», con letras grandes. La larga viga tallada de hojarasca que sostiene la parte delantera del coro dice el citado Gómez-Moreno Calera que "se añadió seguramente en el siglo XVIII [y] lo extraño es que penetra hasta el fondo en las capillas laterales". El coro recibe luz de una ventana rectangular sobre él, abierta a la fachada de la iglesia.

Una capilla estaba dedicada a San Pascual Bailón, cuyo titular llegó a contar con una hermandad desde mediados del siglo XVII. Esta capilla había sido construida a expensas del capitán y alcaide (desde 1619 hasta 1634) Juan García de Villanueva⁸ y su esposa D^a. Eugenia Orzáez, primeros patronos de ella. Posteriormente, por vía matrimonial, pasó a pertenecer a la familia Rato⁹, gran benefactora del convento, y en ella disponían sus miembros de enterramiento propio¹⁰.

En otra de las capillas se encontraba la imagen del Niño Jesús llamado "el Rey de los Frutos", honrado en toda la comarca, especialmente entre los agricultores. El promotor de la devoción a la venerada talla había sido fray Diego Villalba, que la encontró entre

otros objetos en la sacristía del convento. Pronto se extendió por la comarca la fama de la milagrosa imagen, protectora de los campos y de las huertas, que incluso, en ocasión de una terrible plaga de fiebres tercianas, salvó a los moradores de Huéscar de una segura mortandad.

Las plagas de langosta de los años 1707, 1708 y 1709 amenazaron gravemente la agricultura oscense. La gente del campo pidió que el Niño Jesús saliera en procesión. Se organizó ésta hasta la ermita del Ángel con toda la comunidad de frailes. Desde allí siguió con seis religiosos hasta San Clemente, donde permanecieron durante tres días, recorriendo los campos próximos. Al regresar la comitiva a la ciudad, y en vista del éxito obtenido, los labradores pidieron un novenario como rogativa, pero al sexto día se dejó caer una nube de langosta que cubrió totalmente los bancales, cuando estaban los frutos ya sazonados y a punto de recolectarse. Salió otra vez en procesión la imagen y en el plazo de una hora desapareció por completo la terrible plaga, sin haber causado casi ningún daño. Desde entonces empezó a llamarse a aquella talla del Niño Jesús "el Rey de los Frutos", porque los había librado de la destrucción.

En junio de 1709 se llevó la imagen a Orce, donde fue recibida con entusiasmo por el pueblo, que padecía los rigores de la acostumbrada langosta. Se celebró un novenario en su honor y la plaga remitió. Se le regaló al Niño un traje de seda en señal de gratitud. El regreso a Huéscar fue apoteósico: acompañaban al "Rey de los Frutos" tres banderas y muchos orcenses que disparaban sus escopetas durante todo el recorrido hasta que entraron en la ciudad a las siete de la mañana, mientras repicaban las campanas y se organizaba un rosario de la aurora. Los vecinos de Orce, agradecidos a la protección divina, regalaron a los franciscanos 30 fanegas de trigo. Al año siguiente donaron para el uso del Niño otro traje más valioso aún que el anterior.

La capilla del "Rey de los Frutos" se terminó el día 15 de octubre de 1696, y en ella fue colocada la milagrosa imagen con gran pompa y asistencia del pueblo.

Otra capilla estaba dedicada a la Purísima Concepción. La sagrada imagen fue regalada por D. Martín de Aguirre en 1740 y se trajo desde la casa del donante en solemne procesión, a la que asistieron los dos cabildos. Delante del carro triunfal iban muchas niñas vestidas lujosamente: unas llevaban las cintas que salían del trono y otras, dirigidas por un religioso, iban danzando. En 1739 Antonio María Rosín había regalado una imagen del Ecce-Homo¹¹ (Santísimo Cristo de la Humildad) con su urna, que en 1760 fue colocada en el altar de la Concepción. Este mismo año, D^a. María Antonia Ruiz Tauste donó para la Virgen una cruz de oro con diamantes y unas pulseras también de oro, e Isabel Pareja un collar de perlas. El 27 de agosto de 1769, en solemne función religiosa a la que acudieron las dos parroquias y la comunidad de Santo Domingo, fue colocada la imagen de la Purísima en su nuevo camarín. Se organizó una procesión como nunca había habido otra: salieron en el magno desfile San Francisco, San Miguel, la madre Eva, Moisés, David, Asuero, Ester, Judit, San Antonio, Santo Domingo, San José, un coro de ángeles, el "Rey de los Frutos", la venerable madre Ágreda, Escoto y, por último, la Purísima Concepción. Acompañaban las hermandades con antorchas y una soldadesca disparando tiros. Y la noche anterior hubo iluminaciones en el pueblo. Tomás López Cámara, muerto en 1774, dejó un legado de tres mil reales de vellón para ayudar a dorar el camarín de la Purísima.

En 1746, gracias a las limosnas de los fieles, se hizo la capilla del Santo Cristo. En 19 de marzo de 1730 se había colocado en la iglesia una imagen de San José, tallada en Granada, costeada por el Administrador de Rentas D. Martín de Aguirre y Peralta, el mismo que diez años después donaría la de la Purísima.

Al menos desde 1633 cursaban en San Francisco estudios de Filosofía los novicios de la Orden. También se enseñaba Teología (hay datos de 1677 que lo confirman). Y en 1758 se propuso a la ciudad la creación de una cátedra de Gramática, accesible para los estudiantes no religiosos, pagadera por el cabildo municipal con el mismo sueldo de anteriores preceptores de dicha materia. El Ayuntamiento y la Parroquia consintieron con gusto y contribuyeron a la empresa, no sólo con los correspondientes permisos, sino con la ayuda material para adecentar un aula para los estudiantes.

El convento disponía de un patio, en el que se encontraba un pozo, y un claustro con dos plantas. En 1677 se colocó en el patio una cruz de mármol¹², siendo Padre Guardián fray Manuel Rodríguez. Tanto el claustro superior como el inferior estaban decorados con pinturas, algunas de las cuales se conservan, aunque cada día más deterioradas. Entre los adornos vegetales en varios colores, en su mayor parte oscuros, destacan unos grandes cartelones dibujados, que imitan inscripciones, en los que pueden leerse poemas religiosos, posiblemente del siglo XVIII. Algunos de esos poemas, legibles hasta hace poco, son los siguientes:

“Ya vuelbe â la Arca la paloma hermosa
Que nos trae en su pecho alegre indicio
De aver cesado ya la rigorosa
Tempestad, y de estar ya Dios propicio:
Vuelve María al templo, y obsequiosa
Haze â Dios de su Hijo sacrificio,
Que â Dios tan grato le es, y ella tan pura,
Que â todos todo bien nos asegura.
Baja del cielo Dios con gran riqueza
A enriquecer al Pueblo su escogido,
Según que su Divina, y Real Nobleza
Antes se lo tenía prometido:
Su Pueblo no lo admite; y de torpeza
Tan rústica, y brutal, Dios ofendido,
Mientras se haz su Pueblo tan gran daño
Se pasa â enriquecer â un pueblo extraño.
Sean diez, sean veinte, sean ciento,
Mil, un millón, millares de millares;
Más que las ojas que remueve el viento,
Y la arena, que ciñe tantos mares;
Sean en fin sin número ni cuento....
Son las manos de María
Canales por donde pasan
Todas las gracias de Dios
Que vienen a nuestras almas”¹³.



En 1671 concedió el Ayuntamiento licencia para cortar 400 pinos, con cuya madera se construyeron la librería¹⁴, el aula y algunas celdas. El Duque de Alba no quiso ser menos y concedió la madera de otros 500 pinos para colaborar con la construcción del convento. En 1687 Pedro de Sola Navarro regaló 6.000 reales, que se emplearon en construir un refectorio y una cocina, porque los anteriores eran muy pequeños.

RELIGIOSOS CON FAMA DE SANTIDAD EN EL CONVENTO DE HUÉSCAR

De entre los religiosos cuyos restos descansan en la cripta del convento oscense destacamos algunos de vida virtuosa y de recuerdo perdurable.

- Fray Luis Beltrán, natural de Navarra, sintió muy pronto la vocación religiosa. Tomó el hábito de religioso lego en el convento de Totana, desde donde, al poco tiempo, pasó a Huéscar. Era de carácter cándido y compasivo, y tan austero que nunca comió carne ni pescado, ni bebió vino, sino que se alimentaba de un pedazo de pan y algunas hierbas o legumbres. Su cama era una simple tabla o algún retazo de estera.

Siempre buscó ser el más pobre de su comunidad, vistiendo sólo para ocultar su desnudez, no por abrigo. Se disciplinaba continuamente. Era tan caritativo que a veces sus superiores le regañaban para que templase su generosidad con los pobres.

Aquel joven humilde y apasionado de Dios murió el último día del año 1604, a las doce de la noche. Algunas reliquias suyas, repartidas por Huéscar y su comarca, produjeron numerosas curaciones milagrosas, por lo que con rapidez se extendió la devoción a su memoria por nuestra tierra.

- Fray Juan León Pérez había nacido en Huete (Cuenca), en el seno de una familia de moderada hacienda. Al llegar a la juventud se alistó en el ejército que luchaba en Flandes, pero, desengañado de la milicia, renunció a sus posibles y cercanos ascensos y volvió a España. Profesó en el convento de Benicarló, a los 37 años de edad, en 1581.

Su sencillez era tanta que no sólo obedecía a sus superiores, sino que aceptaba con humildad los criterios de los demás, porque pensaba que era necesario sacrificio el negarse su propia voluntad. Llevó el voto de pobreza al más riguroso extremo: no poseía más que un hábito y un rosario. Era caritativo con todos e incansable en la oración y en el trabajo.

Cumplidos sus 73 años pasó al convento de Huéscar, donde sólo vivió seis meses, porque el cambio de clima deterioró su salud y lo llevó a la muerte el año 1619.

- Fray Juan de Flores, natural de Loja, era de familia bastante acomodada. Desde los primeros años de su juventud se dedicó a gozar de la vida, llenando sus horas ociosas de placeres y de vicios. A instancias de sus padres se ordenó de diácono, pero no quiso hacerse sacerdote porque no deseaba cambiar de vida ni aceptar unas obligaciones que no pensaba cumplir. Gastaba sin miramiento la fortuna paterna en amoríos y francachelas. Se juntó con una mujer, de la que tuvo dos hijos. Pero no carecía de virtudes: era capaz de quedarse sin comer si veía a algún pobre necesitado.

Una noche, en Loja, mientras estaba entretenido en sus deleites lujuriosos, oyó la campana que llamaba a maitines. Picado por la curiosidad, se acercó al convento cuando los frailes empezaban a rezar un salmo. Las primeras palabras que llegaron a sus oídos

fueron: "*Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo habéis de ser tardos de corazón? ¿Para qué amáis la vanidad y solicitáis la mentira?*". Aquellos interrogantes le parecieron dirigidos a su alma por la voz de Dios. Siguió a la puerta de la iglesia hasta que los frailes acabaron los maitines. Después oyó cómo uno de los religiosos comenzaba una rigurosa disciplina azotándose la espalda. Aquello fue demasiado para él. Dio un gran golpe en la puerta y gritó llorando: "¡Basta ya, padre, basta, encomiéndeme a Su Majestad, que soy un gran pecador!".

Vuelto a su casa, meditó profundamente sobre su necesidad de volverse a Dios y dejar aquella vida de pecado. Comunicó sus inquietudes a un religioso de la misma ciudad de Loja y tomó al fin el hábito de penitente. Pero aún le quedaba pasar un momento difícil: hablar con la mujer que compartió sus días de vicio y convencerla para que cambiase, como él, de vida. Lo hizo y se vio recompensado, juntos hicieron penitencia y juntos se arrepintieron.

No quedó contento con esto el inquieto joven. En cuanto consiguió que su padre se hiciese cargo de sus dos hijos y de la madre de ellos para que no les faltase lo necesario, dejó en secreto su casa, su familia y su pueblo. En Valencia le fue impuesto el hábito de franciscano descalzo el día 6 de mayo de 1628. Por voluntad propia nunca regresó a su tierra, ni siquiera a visitar a su familia.

Hubo que presionarlo bastante para que aceptase el cargo de Maestro de Novicios, para lo que poseía indiscutibles cualidades. A veces le entraban dudas de que, habiendo sido tan pecador, estuviese en condiciones de celebrar el Santo Sacrificio de la Misa. Tuvo que intervenir el superior para obligarlo a dejar sus escrúpulos y que celebrase cada día. El manto que le dieron cuando entró en la Orden, que ya estaba usado, fue el único que tuvo durante toda su vida, remendado por él mismo muchas veces. Recogía de la calle todo cuanto encontraba: trozos de lienzo y paño, alpargatas viejas, cabos de sogas, etc., y, lavado todo, lo guardaba para cuando alguno de sus compañeros lo pudiese necesitar. Cuando iba a otros pueblos a pedir limosna, recogía haces de leña por el camino para llevarlos a los pobres.

Murió en Huéscar, ya anciano, el 18 de enero de 1659.

- Fray Gregorio Romero fue nombrado por el Capítulo General de la Orden, celebrado en Loja, Guardián del convento de Huéscar en 1681. Fue tres veces maestro en la Cátedra de Prima de Sagrada Teología, dos en la de Filosofía, una en la de Vísperas, otra en la de Teología Moral, y otra en la de Mística. Además fue Definidor habitual de la provincia de San Pedro de Alcántara.

Fue el último confesor de la célebre terciaria franciscana oscense D^a. Francisca María de la Jara, muerta en 1682, y de la no menos conocida por sus virtudes Lorenza de San Pascual, fallecida en 1721, de quien escribió una biografía. Con ellas y con otras muchas personas ejerció una provechosa dirección espiritual. Debió de ser, además de piadoso, inteligente y con gran prestigio dentro de su Orden. Amaba la pobreza y la austeridad de tal manera que no consintió en poseer sino un solo hábito, usar las sandalias más viejas, comer lo menos apetecible...

Sufrió varias enfermedades a lo largo de su vida. Posiblemente a causa de una caída tenía los huesos de la cadera fuera de su sitio, lo que lo molestaba bastante, a pesar de lo

cual celebraba misa cada día y acudía al confesionario con gran paciencia. Cuando le preguntaban si necesitaba o le apetecía alguna cosa, respondía: "*Nada me falta. Estoy más asistido que el Rey. Mejor que al mayor señor se me asiste*". En 1708 estuvo a las puertas de la muerte. Los achaques de la edad y las múltiples penalidades estaban acabando con sus energías. Todo Huéscar estaba conmovido por la inminente desaparición de aquel religioso tan estimado. En la estrechez de su celda, desahuciado por los médicos, aguardaban los frailes su último momento. Cuando de pronto se le oyó decir con voz clara: "*Tiran de arriba, y de abajo tiran*". Se incorporó, completamente sano, con el semblante alegre, y se puso a bromear con el médico y con los asombrados testigos de tan súbita recuperación.

Poseía un gran sentido del humor, una "graciosidad graciosísima", como dijo su panegirista fray Blas García. También era aficionado a la poesía. Tenía costumbre de enviar a los amigos ausentes unos cuadernillos con poemas breves en los que desarrollaba temas religiosos. Para los preliminares de la biografía de Francisca María de la Jara escribió fray Gregorio Romero un epigrama latino que comienza:

"Laudibus astra colant, victrix Francisca triumphos,
devictis mundo, daemone, carne, tuos..."¹⁵

Aquí, en el convento de Huéscar, tras una dilatada vida, murió el 13 de diciembre de 1722 y fue enterrado al lado de su buena amiga Lorenza de San Pascual. Antes de ser inhumado, su cuerpo fue depositado un rato a los pies de la imagen de la Virgen del Carmen (petición expresada muchas veces en sus últimos días) por la que sentía gran devoción, y de cuya capilla había sido sacristán.

Días después de su muerte, el 21 del mismo mes, se celebraron las honras fúnebres por su alma. Pronunció la oración panegírica el padre fray Blas García, lector de Teología Moral y Guardián del convento oscense, su superior durante algunos años. El texto de la oración fue publicado en Murcia y en Granada pocos meses después, en el verano de 1723, edición costeada por don Juan Pedro Rato García de Villanueva. Al estilo de otros sermones, tan frecuentes en los años de la Contrarreforma y en el siglo XVIII, el predicador exalta hiperbólicamente las virtudes humanas y cristianas del padre Romero, al que llama "celosísimo prelado, el más obediente súbdito, la firme columna de la vida religiosa, la alegría de todos, la luz en la consulta, la guía en el consejo, el maestro de todos(...) el seguidor más activo del evangélico estado, el ejemplar más propio de la voluntaria pobreza, el Etna abrasado de la caridad más ardiente, el asilo común de trabajos y desgracias, el eficaz consuelo para el alivio del triste, el universal socorro para las dolencias todas, el lince penetrante de interiores pensamientos". Y exhorta a Huéscar a que, pues conserva el tesoro de sus restos mortales, no permita que se pierda el recuerdo de su vida:

"Murió nuestro amado padre, porque en el veloz curso de este mundo *Omnes morimur quasi aquae dilabimur*. Murió, dejándonos su muerte sin consuelo; empero su vida, sus virtudes, sus ejemplos, su caridad y el método de su muerte nos dejaron argumento de que inferir con piedad cristiana que vive en Dios quien en su vida mortal ni con obras ni palabras sabía apartarse Dios. Y si vive, claro está que vive para no olvidarse de ciudad que tanto amó, vive para solicitarle el consuelo, vive para alcanzarle el alivio que afligida necesita y vive para impetrarla el acierto. (...) Noble ciudad, pues le fuiste tan amada, no lo cuentes con los muertos. Viva por eternidades, viva siempre gloriosa su memoria, viva su amor con filial agradecimiento a sus beneficios en nuestros pechos".

BEATAS TERCIARIAS FRANCISCANAS

Beatas hubo en Huéscar desde muy pronto. Recién reconquistada la ciudad se fundó en su recinto antiguo el beaterio de Santa Ana. También la orden dominicana poseyó un grupo de devotas comprometidas con su carisma desde mediados del siglo XVI. Algunos nombres fueron los de Ana Méndez (1588), Juana de Corbera (1589), María de Santa Ana (1602), Francisca de San Miguel (1604), Lorenza de San Francisco (1608), Ángela Martínez (1622), María de San José (1634), Lucía Fernández (1636), Beatriz Marín (1656), Juana Hernández (1673)...¹⁶

Sin lugar a dudas, las terciarias franciscanas tuvieron mucha influencia en la vida religiosa oscense. En 1596, seis años antes de la fundación del convento, está documentada la existencia de la beata María de Jesús. Un nombre, sin embargo, destaca entre todas las anteriores y posteriores a ella: doña Francisca María de la Jara.

Había nacido en Huéscar el 2 de julio de 1654. Cuando sólo tenía poco más de dos años perdió a su madre. Meses después fue llevada a casa de sus parientes el presbítero D. Martín Calvo y su hermana, donde pasó el resto de su vida. Era, según nos hace saber su biógrafo fray Juan de Monreal, de "entendimiento claro, memoria firme, corazón magnánimo, condición apacible y noble, hermosura excelente, mucha viveza en el obrar y grande propensión a la limpieza".

Inteligente y discreta, aprendió a leer muy pronto. Por su carácter amable y su bondad gozaba de la amistad de mucha gente. El ascendiente que tenía sobre sus amigas le hacía ser imitada en su vida espiritual, tan llena de virtudes y mortificaciones.

El día que cumplió 18 años profesó en la Orden Tercera de Penitencia de San Francisco. Y aunque el arzobispo de Toledo, en visita por Huéscar, le propuso entrar en el convento de las Madres Dominicas, ella declinó la sugerencia, porque no quería ser infiel a su destino de humildad en la senda del santo de Asís.

Pasó algunos años de penuria económica, pero nunca se quejó de las circunstancias, ni flaqueó su entereza ante las adversidades, ni se entibió la hoguera de su profunda fe. Había prometido amar a Dios más que a todas las cosas y lo cumplió serenamente y sin desánimo.

Murió el 24 de abril de 1682 y, aunque hubo presiones para inhumarla en la parroquia de Santa María, fue enterrada en la capilla de San Pascual de la iglesia de San Francisco. Sólo había vivido 28 años.

El atractivo espiritual de La Jara hizo que a su alrededor, incluso después de su muerte, se desarrollase un círculo de mujeres escogidas en busca de la perfección interior. Lorenza de San Pascual, Feliciano de Ortega, Juana de Olivera y Matías de San Buena-ventura siguieron la senda marcada por aquella flor mística.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

- Archivo Municipal de Huéscar.
- Archivo Parroquial de Huéscar.
- CARAYOL GOR, R., *Orce: Apuntes de su historia*, Baza 1993.
- DENGRA UCLÉS, J., *Semana Santa en Granada, III. Semana Santa en la provincia de Granada: Huéscar*, Sevilla 1991.
- GARCÍA, Fr.B., *Oración fúnebre panegyrica predicada por el Reverendo Padre Fray Blas García... en las honras [del] Venerable Padre F. Gregorio Romero... Dedicada a Don Juan Pedro Rato García de Villanueva...*, Granada/Murcia ¿1723? [Archivo Histórico de Orihuela, fondo antiguo, sig. 10732 (2)].
- GÓMEZ-MORENO CALERA, J.M., *La arquitectura religiosa granadina en la crisis del Renacimiento (1560-1650)*, Granada 1989.
- GONZÁLEZ BARBERÁN, V., *Datos históricos acerca del antiguo convento e iglesia de Santo Domingo, de frailes dominicos, en la ciudad de Huéscar (Granada)*, Granada 1979 [Archivo Parroquial de Santa María de Huéscar, manuscrito inédito].
- MARTÍNEZ RUIZ, E., "Sobre la vida y la muerte de la hermana Lorenza de San Pascual (1655-1721)": *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino* 8 (1994). Se trata del estudio y transcripción del manuscrito del padre Gregorio Romero titulado *Relación breve de la virtuosa vida y ejemplares procederes de la hermana Lorenza de san Pascual, beata de la tercera orden de N. P. S. Francisco, que murió con grande fama de Santidad*, que se encuentra en la Biblioteca Universitaria de Granada.
- MONREAL, Fr.J. de, *Primoroso exemplar de la perfección christiana en la vida de la venerable virgen Doña Francisca María de la Jara*, Murcia 1724 [Archivo Histórico de Orihuela, fondo antiguo, sig. 10732 (1)].
- MONTALVO, Fr.T., *Crónica de la provincia de San Pedro de Alcántara de religiosos menores descalzos de la más estrecha observancia de N. P. S. Francisco en los reinos de Granada y Murcia*, Granada 1708. La parte correspondiente al convento de Huéscar está en el libro segundo, caps. LXII a LXIV, págs. 354 a 374.
- NAVARRO, A., *Noticias referentes a la fundación del Convento de N. P. S. Fran^{co} de esta Ciudad de Huéscar, sacadas de un libro de acuerdos de dho combento*, Huéscar 1882 [Archivo Penalva, manuscrito inédito].
- PANES, Fr.A., *Crónica de la provincia de san Juan Bautista de religiosos menores descalzos de la regular observancia de Nuestro Seráfico Padre San Francisco*, Valencia 1665. Lo referente a Huéscar se encuentra en los capítulos LXXIII a LXXV del libro 1º.

NOTAS

- ¹ Una ampliación de este artículo será publicada en el segundo número de la revista *Úskar*, patrocinada por el Excmo. Ayuntamiento de Huéscar.
- ² La fundación de este convento tuvo lugar en 1547, aunque hasta 1585 no se acabó de construir la iglesia (vid. V. GONZÁLEZ BARBERÁN, citado en la bibliografía).
- ³ En 1570 se habla ya de levantar un convento femenino en Huéscar: el de la Madre de Dios de religiosas dominicas. Aunque hasta 1612 no pudieron iniciarse las obras, costeadas por la magnanimidad de D^a María Chinchilla, viuda de un caballero del emperador Carlos V.
- ⁴ La Provincia Franciscana Descalza de Valencia (San Juan Bautista) se dividió en 1661 y el convento oscense pasó a depender de la Provincia de Granada (llamada de San Pedro de Alcántara).
- ⁵ La guardanía oscense se extendía, además de Huéscar, a Orce, Galera, Castilléjar, Cúllar y varios pueblos de la cuenca del río Almanzora.
- ⁶ Días antes, el primero del mismo mes, el citado Obispo de Troya, a petición de Andrés de la Cueva, mayor-domo "de la cofradía de las gloriosas mártires Nunilona y Alodía", con asistencia del clero y las autoridades, "fue a la ermita que de la advocación de las dichas gloriosas mártires la dicha cofradía tiene en la sierra que dicen la Sagra, al pie de ella, término y jurisdicción de la dicha ciudad de Huesca(r), y estando en ella vestido de pontifical con la solemnidad y ceremonias que manda el pontifical romano bendijo la dicha ermita, todo lo que es ámbito y cuerpo de iglesia, hasta la puerta, y luego Su Señoría, en el altar de la dicha ermita, dijo la misa de la bendición". Según consta en documento que obra en el Archivo Municipal de Huéscar.
- ⁷ En el *Responsorio de los sacerdotes oscenses a las preguntas del Arzobispado de Toledo sobre la ciudad, su situación y sus características* (1782) se narra con detalle este asunto, más de siglo y medio después de haber ocurrido. También lo relatan las crónicas franciscanas.
- ⁸ De su primera esposa, D^a Eugenia Orzáez, con quien casó en 1620, tuvo a D^a Pascuala Manuela García de Villanueva y Orzáez; y de la segunda, D^a Catalina de España, con la que contrajo matrimonio en 1638, tuvo a Juan Antonio García de Villanueva y España, escribano del cabildo en los años 1662 y siguientes.
- ⁹ Los hermanos Juan Pedro y Juan Bautista Rato eran naturales de Génova y señores del castillo y torre de Rati y sus tres villas, en Milán. Casaron con mujeres oscenses de clase acomodada. Ocuparon cargos de regidores en el cabildo de Huéscar. Juan Bautista Rato fue nombrado en 1659 familiar del Santo Oficio de la Inquisición. Fue regidor y alcaide, mientras que su hijo primogénito, Juan Pedro Rato García de Villanueva, fue desde 1670 alférez mayor. En 1713, Juan Pedro y su hermano Juan Félix solicitaron y alcanzaron el reconocimiento de su hidalguía.
- ¹⁰ En la bóveda de esta capilla fueron enterrados, entre otros, los restos de la venerada Francisca María de la Jara, muerta en olor de santidad, y los de su buena amiga la beata Lorenza de san Pascual.
- ¹¹ Por las trazas puede ser obra del bastetano José de Mora (1642-1724) o de alguien de su escuela.
- ¹² La columna que sostenía la cruz (sustituida por otra de hierro) se levanta ahora frente a una de las entradas de la iglesia de Santa María. En el pedestal marmóreo se puede aún leer una inscripción que dice: «PÚSOSE A HONOR Y GLORIA DE DIOS Y DE SU SANTÍSIMA MADRE, A DEVOCIÓN DE LOS HERMANOS TERCEROS DE NUESTRO PADRE san FRANCISCO. AÑO DE 1677».
- ¹³ Las dos primeras estrofas son octavas reales (11A 11B 11A 11B 11A 11B 11C 11C), la tercera es otra octava real incompleta, porque sus tres últimos versos han sido raspados, y la última estrofa es una copla (8- 8a 8- 8a).

¹⁴ La librería (biblioteca) medía 17 varas y media de largo por más de 6 de ancho. Si la vara equivale, según el Diccionario de la Real Academia Española, a 835 milímetros y 9 décimas, la biblioteca conventual era una habitación de cerca de 75 metros cuadrados.

¹⁵ Un traducción podría ser la siguiente: "*Las estrellas celebran con alabanzas, victoriosa Francisca, tus triunfos, sometidos el mundo, el demonio y la carne*".

¹⁶ Las fechas entre paréntesis corresponden a los años en que ingresaron en la Hermandad del Santísimo Sacramento de Huéscar.